

una pordiosera y un clérigo que nada quiere saber de la madre y del hijo. Entre limosneos, baños, picardías, delitos menores y el aprendizaje del cuchillo y los naipes, discurren la niñez y la juventud de Cantueso, quien al morir la madre se aloja en el caserón de una misteriosa anciana, La Madre Oscura, maga y adivina. Juan asalta y mata a un hombre, conoce el amor con La Curruca, una famosa prostituta gaditana, y en la tarde que antecede a la noche de esa experiencia comete por hambre su primer delito de sangre.

Una segunda aventura erótica seguirá inmediatamente a la primera en la persona de una negra, criada de La Curruca.

II. Dichas y traspiés de Cantueso en el Puerto de Santa María, con cuanto le ocurrió por el camino.

Sale Cantueso de Cádiz y luego de algunos lances con un pescador en San Fernando, y en Puerto Real con el pícaro Mateo Polluelas, llega huido al Puerto de Santa María, donde es recogido por un buen hombre, El Honrado, encargado de las caballerizas del duque de Riarán, quien tiene alojada junto a ellas a una amante, Anica. Enredado Juan con ésta, son descubiertos por una delación y Juan, luego de cometer una segunda muerte en su huida, embarca para Venecia en una galeota, ayudado por El Honrado, después de estar escondido en la costa, dado el gran peligro que corre.

Aparece en esta segunda parte la historia del rapto del hijo de El Honrado, al que conoceremos casi al final de la novela.

III. El viaje de Cantueso a Venecia, sus aventuras en aquella Serenísima República y su entrada en la ciudad de Sevilla.

Leemos en esta parte, y en primer lugar, la travesía de Cádiz a Venecia, en la que Cantueso conoce al embajador de España don Pedro de Bocanegra, quien se confía a él en cuanto a sus amores peligrosos con una dama y, ya en Venecia, continúa dispensándole su amistad cuando llega el caso. En Venecia, Cantueso desempeña muy bien su oficio de tahir y hace amistad con un muchacho de la nobleza venido a menos, Corradino, que es homosexual y pretende amores con Juan, sin éxito pero sin perder su amistad.

En un suntuoso baile donde Cantueso hace de camarero, éste despierta también los deseos de un alto personaje de la República, la ministra Grimani, con la que hace el amor por seducción de ella y cuya historia conoce, constituyendo dicha historia el segundo de los cinco relatos intercalados en el libro. Corradino, conspirador político también, es muerto a causa de esas actividades, vengándolo como puede su amigo Cantueso que a poco dejará Venecia para volver a España.

IV. De cómo pasó a Indias nuestro hombre y dio allí por fuerza en piraterías sin perdón.

En Sevilla, Cantueso prosigue su vida de pícaro y tahir hasta que se embarca para Indias, habiendo estado antes a punto de reencontrarse con Anica. Entre La Habana y Campeche, el galeón es asaltado y arrasado por la nave pirata del portugués Amaro Bonfim, a cuyo servicio entra nuestro hombre y al que servirá unos cuantos años, viéndose en numerosos lances, aventuras y refriegas marítimas que van sucediéndose a lo largo de las páginas y acumulando muertes en la lista de Cantueso. Junto al campamento pirata, en un lugar costero y escondido de la Centroamérica salvaje y tropical, hay un poblado indio. Cantueso entra en relación con una nativa, Tonalzin, aproximándose así a sus distantes ritos y costumbres, que no sólo le extrañan sino que incluso le chocan. La cosmogonía de la tribu de Tonalzin constituye el relato inserto en esta cuarta parte, que se cierra con la visita del español y su amante india a unas majestuosas ruinas mayas o aztecas.

V. Andanzas en Jamaica, Puerto Rico y asomos de negrería hasta Lisboa la famosa, con muchos lances de gran espanto y gusto.

Cansado ya de su vida con los piratas, y siempre con Anica en su pensamiento, Juan aprovecha un infortunado ataque a Puerto Rico para quedarse allí, luego de una movida estancia en Jamaica. Ha llegado a Puerto Rico con algún dinero y llevará una doble vida: como pobre, en casa de un vendedor mulato, y, sin que éste lo sepa, como señor entre la alta sociedad colonial de San Juan, a la que no conseguirá sacar todo el dinero que cree conveniente para su vuelta a España. Así, va a pasar a un terrible lugar llamado Las Goteras, en las afueras de

la ciudad, una especie de infierno del mal vivir, pero en el que su bolsa crece. Mantiene amores con una negra, La Bella Trinidad, y un día en que «despluma» a un viejo en Las Goteras, es seguido por éste, que lo atacará noches más tarde dejándolo gravísimamente herido y haciéndole perder a su «compañero» y defensor de toda la vida, un cuchillo al que él llama El Moreno y que ha sido desde la adolescencia su principal instrumento de trabajo. Es recogido en la casa del militar español don Valentín de Sotomayor, quien le refiere su historia y resulta ser el hijo de El Honrado, el antiguo protector de Juan en el Puerto de Santa María. La historia de don Valentín es el relato intercalado correspondiente a esta parte, que prosigue con la salida de Juan de Puerto Rico en el barco de un capitán portugués, mercader de esclavos, el cual compra una carta de ellos en Guinea y se dirige a venderlos a Lisboa, donde estalla una epidemia de peste. Pasada ésta, Juan podrá volver a España.

VI. *Juan Cantueso, casado, viudo, preso, y en manos ya del Justo Juez.*

En Sevilla, Juan da con Anica y el amor de los dos se reanuda. Durante la ausencia de él, Anica salió del Puerto de Santa María y pasó a casa de un panadero de Alcalá de Guadaíra, siendo acogida allí como una hija pero viéndose obligada a casarse con el hijo menor del panadero, prácticamente un niño, que morirá en otra epidemia de las tan frecuentes en la época; esta historia de Anica y sus vicisitudes es el relato final de los cinco intercalados en el libro. Los nobles en cuyo palacio sirve Anica la casan con Juan, y el matrimonio empieza a marchar mal desde el primer momento. Quiriendo enmendarlo, la pareja decide trasladarse a Cádiz, donde se establecen. Pero por diversas causas, la relación no hará más que empeorar allí, hasta que Anica huye en brazos de un militar francés. Abandonado, Juan se da al alcohol y a dilapidar su dinero, hasta convertirse en una sombra, situación de la que le sacará un pintor al que ya había conocido de muchacho en Sevilla y que resulta ser Murillo. Juan alterna el trabajo con éste, con su empleo en la pastelería de un alemán, en la que sigue trabajando después del accidente y muerte del pintor. El producto más famoso y vendido del pastelero son unos pasteles elaborados con carne humana; al descubrirse

esta monstruosidad, Cantueso, totalmente inocente de ella, es detenido, encarcelado y juzgado. En sus conversaciones con Irala y a lo largo de toda la novela, el hombre proclamará su real inocencia en ese tremendo asunto, y es en la cárcel donde dicta sus memorias, la última parte de las cuales coincide con la amenaza sobre Cádiz de una fuerte escuadra angloholandesa.

Como el propio Cantueso aconsejaba, los presos también toman parte en la defensa de la ciudad, y a través de los papeles de don Adolfo de Castro, aun sin sospecharlo éste, el lector deduce que Juan Cantueso ha perecido (como el valiente que siempre fue) en esa acción de guerra.

Cierra la novela una relación de hechos históricos en sus fechas, algunos ajustados con toda exactitud cronológica al transcurso de la narración, y otros, aunque no menos veraces y de la época, integrados o adaptados a dicho relato.

Un segundo apéndice comprende la relación de nombres geográficos por el orden y parte en que aparecen mencionados por primera vez en la novela, indicando la letra cursiva los nombres inventados por Fernando Quiñones. Éstos son dieciocho en total.

Para finalizar se incluye una «Tabla de gratitudes» con referencia a la bibliografía y a los expertos consultados, así como al ilustrador del libro e ingeniero naval Juan B. Robert.

Utilización del tiempo en la novela

Volviendo de nuevo al tema de la disposición del tiempo en *La canción del pirata*, detallaremos que el presente de la novela tiene lugar en realidad después de casi toda su acción, en la cárcel gaditana donde, al final de sus días, el protagonista cuenta su vida desde el principio al licenciado Irala, que la redactará.

Al hilo de la narración de Cantueso se intercalan y sugieren otros espacios temporales:

- a) El recuerdo del protagonista, referidos a cualquier momento de su vida anterior.
- b) El tiempo de los relatos intercalados, cada cual con su cronología, incluida la parte intemporal y la mítica de la cosmogonía de los indios de Mosquilla.

c) Tiempos futuros sugeridos, y tan concreto alguno como el referido al historiador gaditano Adolfo de Castro, del que se manejan los supuestos documentos de que ya hablamos, inventados en realidad.

Aunque muy brevemente, veamos ahora esa variedad e intensidad de la concepción del tiempo en *La canción del pirata*.

El hecho de que su acción transcurra en el siglo XVII es ya muy expresiva; el puerto de Cádiz está a punto de conocer su «Siglo de Oro» que será el XVIII, y sobre el siglo antecedente a éste hay en realidad muy poca información, que Fernando Quiñones trata de presentar, salvando a su modo esa relativa laguna, en sus veraces estampas gaditanas del seiscientos.

Especial significado poético alcanzan momentos «extratemporales» de la novela en los que el tiempo parece desaparecer, como cuando el protagonista hace el amor y se entrega al éxtasis en brazos de Astrea Grimani. A merced quizá de sus filtros y hechizos mágicos, detalla Juan Cantueso: «el amor fue largo, en un tiempo que tampoco era el tiempo corriente, no sé si te lo estoy diciendo bien» (pág. 94, 35-36).

También encontramos un tiempo mágico, «tiempo de los dioses» en el relato que de sus creencias y cosmogonía le hace la india Tonalzin a Cantueso: «Antes de que nada viviera o se moviera, no había más que aire, sombra y frío, y Los Seis Señores estaban abrazados y dormidos en el fondo del Tiempo», (pág. 166, 26-28). La narración de esa cosmogonía terminará también con otra alusión a *los Seis Señores abrazados y dormidos en el fondo del Tiempo* (pág. 168, 36-37).

Formas más agobiantes del tiempo en la novela vienen dadas por los síntomas y apremios del ataque angloholandés a Cádiz con que la obra se cerrará, o por el tiempo que Cantueso trata de ganar, con la esperanza de salvar su cuello del verdugo, mediante el relato de sus andanzas al bachiller Irala.

No tenemos noción exacta, aunque sí bastante aproximada, de los años entre los que transcurre la acción de la novela, es decir, la vida de Juan, ya que éste tampoco tiene conocimiento exacto de sus años que, le declara a Irala, no deben ser «más de cuarentiséis, según mi cuenta, ni menos de cuarentitrés» (pág. 9, 9). Más reveladores al respecto le serán al lector los detalles históri-

cos de las obras en la Catedral Vieja y en las Puertas de Tierra, o la referencia al Castillo «con tiros y agujeros del inglés, de cuando el asalto y quema antiguos, tan mentados en Cádiz» (pág. 18, 5-6), que parece indudable se refiere al de 1596, capitaneado por Essex.

La erosión del tiempo adquiere un dramatismo extremado al describir Cantueso su aspecto actual. Cuando él mismo se describe al bachiller Irala dice estas palabras que ya hemos mencionado anteriormente: «Soy ahora casco en desguace, aun antes de llegar a viejo» (pág. 9, 5).

Y más adelante damos con otro pesaroso balance de Juan al contemplarse y verse tan cambiado: «con todo y con eso, me pesaban la carrera del tiempo, el acabamiento de mis años mejores y la comezón de no haber hecho por volver antes; repetíame que ya no era aquel al que había abrazado Anica y que, de dar con ella, no iba a ponerle por delante más que a un carirrotto casi a las puertas de la vejez» (pág. 263, 31-37).

También al final de la novela, cuando Juan está completamente hundido, se sorprende de su propia apariencia, de la que dice: «Llevaba una mañana dos mozos un espejo de cuerpo entero por la calle Ancha y, aun con los pasos algo trabados por el vino, me dio por aligerar para contemplarme. No se qué vejancón temblón y desencajado, entre medio muerto y feroche, me miró desde la luna de ese espejo, que más corrí parairme que para verme: ¿de veras era yo aquel? Me parecía que no, pero que tampoco podía ser otro» (pág. 316, 25-30).

Por el contrario, y en su reencuentro con Anica, Cantueso comenta que no parece haber cambio físico en ella. «Las canas le habían ido a más ni siquiera a mucho, y de ahí no pasaba el cambio» (pág. 267, 25-26). Como más adelante y se me ocurrió la bobada, mirándola tan flaquilla como antes, de que a lo mejor por eso estaba igual, por no haber sitio en su cuerpo para grandes mudanzas». (pág. 267, 30-32).

Se han registrado grandes cambios y envejecimientos en Martinillo, El Tonto de los Galeones, «Estaba muy avejentado y más puerco que antes» (pág. 120, 28-29); en El Honrado al final de la novela, «El Honrado, postrado ya por la edad y con la cabeza medio ida», (pág. 292, 14); en El Ecijano y su mujer, «Parecíéronme la una y el otro más avejentados de lo que me esperaba», (pág. 261, 25-26).